

tieron mucho que los españoles se fueran de su tierra. Finalmente, habiéndose visto todas las cosas dichas y previniendo para la navegación las cosas necesarias, el general mandó recoger la gente y que se saliesen de allí a proseguir el viaje; y así salieron la capitana y fragata de este puerto a 3 de enero de 1603 años.

*CAPÍTULO LV. En que se trata de lo que le sucedió a la capitana y fragata, desde que salieron del puerto de Monte-Rey hasta llegar al Cabo de San Sebastián, que es más adelante del Cabo Mendocino*



UEGO, COMO LA NAO CAPITANA Y FRAGATA salieron del puerto de Monte-Rey, en demanda del Cabo Mendocino, les dio un poco de buen viento que les duró hasta el día de los reyes, y con él navegaron hasta pasar más adelante del puerto de San Francisco. Y el día después de los reyes, que fue a 7 de enero, sobrevino el viento norueste algo riguroso, pero podíase sufrir y navegar con él; y entendiendo los de la fragata que no era el viento forzoso para arribar, fue siguiendo su viaje, como la capitana no le había hecho farol, entendiendo iban juntas; porque por ser de noche no se vían y a la mañana, en la capitana, acordó el general volver a entrar en el puerto de San Francisco, entendiendo venía atrás la fragata para aguardarla; y como la fragata iba delante se perdieron de vista, y no se supo de la fragata hasta que en el camino de Acapulco a la ciudad de Mexico, habiendo vuelto del viaje la capitana, se tuvo nuevas de ella. La causa de haber entrado la capitana en el puerto de San Francisco fue por reconocerle y por ver si se hallaba allí rastro de una nao, llamada San Agustín, que en aquel puerto había dado a la costa el año de 1595; la cual, por mandado de su majestad y del virrey de la Nueva España, que era el que entonces la gobernaba, don Luis de Velasco, la había despachado desde Filipinas el gobernador Gómez Pérez das Mariñas, para que hiciera este descubrimiento, de que ahora vamos tratando; habiéndosele encargado el cuidado de que con fidelidad y puntualidad lo hiciera el piloto Sebastián Rodríguez Cermeñón; y estando ya en este puerto esta nao San Agustín, se perdió y dio a la costa con un viento travesía; y entre los que allí venían en aquella ocasión, era uno el piloto mayor Francisco de Bolaños, que lo era de esta armada. Él conoció el paraje y dijo que en tierra había dejado mucha cera y cajones de sedas; y por ver si había algún rastro de algo, quiso el general entrar en él. Surgió esta nao capitana detrás de una punta, que la tierra en el dicho puerto hace, que se llamó la Punta de los Reyes; mas no se echó gente en tierra, por estar con cuidado de la fragata; y así, el día siguiente, tornó esta nao capitana a salir de allí para ir su camino en busca de la fragata. El viento era norueste y escaso, y así era muy poco lo que se navegaba; pero poco a poco, a 12 del mes de enero, domingo

llegó esta nao capitana a vista de unas sierras altas, bermejas; y catorce leguas más adelante al norueste se vio un cabo tajado a la mar y cerca de él unas sierras nevadas, de suerte que a los pilotos les pareció, por razón que de ello tenían, ser el Cabo Mendocino, el cual está en altura de cuarenta y un grados y medio.

El día siguiente, que se contaron 13 de enero, vino un viento sueste con grandísima furia y con él un agua menuda, fina, que parecía nieve. Este viento alborotó de tal suerte la mar que parecía cada momento estar ya el navío anegado o perdido; y para reparar esta furia y por no llegar a más altura, por tener temor del excesivo frío que allí podía haber y porque de fuerza en más altura había de ser más grande y más trabajosa la tormenta, por ser entonces allí la mayor fuerza y rigor del invierno, se acordó en que la nao se pusiese de mar en través, hasta que hubiese viento acomodado para tornar otra vez la vuelta de Acapulco.

Cuando la nao capitana llegó a este paraje del Cabo Mendocino ya no había más de solas seis personas en ella, de todas, que tuviesen salud y anduviesen en pie; porque todos los soldados, marineros, pajes y grumetes estaban caídos en las camas de la enfermedad que referimos; y no solamente la gente que hemos dicho estaban en las camas, pero también los religiosos y los capitanes entretenidos estaban caídos enfermos, que apenas el padre comisario podía acudir a confesarlos y a olear a los que se iban muriendo porque el padre fray Antonio ya no podía levantarse de una cama; y como la gente sana era poca para marear el navío, había entre todos una muy grande aflicción causada de temor en verse en tal paraje y sin remedio; y si la tormenta fuera más brava, tengo por cierta la pérdida de todos, porque los soldados y marineros de ninguna manera, con su flaqueza, pudieran repararla, por no poder marear las velas como se requería para excusar los daños que les podrían sobrevenir si el viento llevara el navío a la costa. El general, viéndose en el trabajo y riesgo que he dicho, congregó a consejo a los que solía y con ellos se trató del remedio que se pondría y que más conviniese al servicio de Dios y de su majestad y de toda aquella gente. Vistas las ordenanzas que el conde de Monte-Rey, virrey de la Nueva España, había dado al general Sebastián Vizcaino, se acordó que no se pasase adelante, sino que en habiendo buen tiempo se diese vuelta para el puerto de Acapulco; y que se entrarían en la California, en el puerto de la Paz a aguardar el socorro que con la nao almiranta se le había enviado a pedir al virrey. Con esto parece cobró algún alivio la gente, por parecerles podían tener algunos días más de vida de los que tuvieran, si pasaran adelante; y a 14 del dicho mes aclaró un poco el día y salió el sol; de suerte que los pilotos pudieron pesarle y se hallaron cerca del dicho Cabo Mendocino, que las corrientes habían llevado hasta allí el navío, en solos dos días. Luego se oscureció el día con una niebla espesa y obscura y una garúa que de fría no había quien la pudiese esperar; y como el viento era todavía sueste, estúvose el navío de mar en través hasta 19 de enero, víspera de San Fabián y Sebastián, mártires. Este día vino el viento norueste y con él aclaró el día; y tomando la altura los pilotos,

se hallaron en cuarenta y dos grados de altura; y en la costa había un cabo blanco, de tierra blanca, junto a unas sierras altas y nevadas, y llamóse el Cabo Blanco de San Sebastián. Con este viento los marineros achacosos se animaron a ayudar a los que estaban sanos y con grandísimo trabajo se subieron las vergas y se tendieron a viento para tornar de vuelta al puerto de Acapulco, con ánimo de venir a vista de la tierra en busca de la fragata, y reconociendo de camino la costa.

La fragata, como ya dije arriba, se halló sin la capitana, entendiendo iba delante, fue en su seguimiento y en busca suya; y estando en altura de cuarenta y un grados le dio el viento sueste que he dicho a la capitana, y no pudiendo resistirle de mar en través, corrió con el viento hasta llegar al abrigo de la tierra firme y muy cerca del Cabo Mendocino; al abrigo de una peña grande se estuvo surta hasta que pasara; y después de haberse sosegado el viento prosiguieron su navegación muy cerca de tierra; y a 19 de enero se halló el piloto Antonio Flores, que iba en la fragata, en altura de cuarenta y tres grados, donde la tierra hace un cabo o punta, que se llamó Cabo Blanco, desde el cual comienza la costa a correrse al norueste, y junto a él se halló un río muy caudaloso y hondable, que por las orillas de él había muy grandes fresnos, sauces, zarzas y otros árboles de Castilla; y queriendo entrar por él, las corrientes no dieron lugar a ello. Viéndose el alférez Martín de Aguilar, cabo de la fragata y el piloto Antonio Flores, que ya habían llegado a más altura que la instrucción del virrey mandaba y que la capitana no parecía, hallándose también con muchos enfermos, acordaron de tornarse a Acapulco; y así lo pusieron por obra, como adelante diré.

Entiéndese que este río es el que va a dar a una grande ciudad que descubrieron los holandeses, viniendo derrotados, y que éste es el estrecho de Anián, por donde el navío que le descubrió atravesó y pasó de la Mar del Norte a la del Sur, y que sin falta es en esta comarca o vecindad la dicha ciudad que se llamó de Quivira, y que de este sitio y paraje es de quien trata la relación que su majestad leyó, por lo cual se movió y aficionó a mandar que con mucho cuidado se hiciera este descubrimiento y se le diera aviso cierto de todo.

